



Octubre 2008

Exposición *Recuerdos compartidos.*

**Del Truquemé y otras derivas. Reflexiones sobre un proceso
Maite Garbayo y Karin Dolk**

“Hay que hacer lo imposible para salvar estos testimonios con el mismo afán con que se lucha por salvar un patrimonio de la humanidad. Hubiera sido irreparable que estas voces hubieran ido a parar a la fosa común del tiempo”.

Manuel Vázquez Montalbán.

“Madre ¿qué cosa es casar? Hija, hilar, parir y llorar”.

Dolores Ibárruri, La Pasionaria (*El único camino*).

Mi abuela me contó muchas historias. Historias que de niña me parecían sacadas de una película antigua. Se sentaba en la mecedora del porche, y hablaba de cómo eran las tardes de verano en la España de los años treinta, antes y después del estallido de una guerra que, en mayor o menor medida, cambiaría para siempre el destino de muchas personas. Para mí era como un cuento, que normalmente se repetía, pero que a veces variaba en cuestiones más o menos esenciales.

Toda autobiografía se reinventa constantemente, se va modelando a través de vivencias posteriores. Tal vez asimilamos tan sólo aquello que deseábamos que hubiera ocurrido, y en nuestra historia se entretujan realidad y ficción, experiencia y deseo, formando una complicada telaraña que termina por convertirse en verdad.

No me interesa distinguir entre lo real y lo imaginario. Los videos que componen *Jugando al truquemé* son una reconstrucción de nuestra historia, narrada por la subjetividad de sus protagonistas. Es la historia de doce personas mayores que se confiesan ante la cámara. Es recuperar la idea del cuento, porque a través de lo que los otros cuentan, es más sencillo asimilar el pasado y situarse en un presente que es su consecuencia.

En la aparente simpleza de la cotidianidad residen las claves que conforman una época, porque en ese lugar se gestionan cuestiones fundamentales como la economía, el género, o las formas de interacción social. Lo cotidiano, aunque a veces lo olvidemos, será siempre político.

En esa narración de lo diario, parece como si las personas mayores olvidasen estar delante de una cámara. Cuando se trabaja desde el soporte videográfico, contamos de antemano con la deriva de la representación. Quien se sitúa ante la cámara sabe que su imagen está siendo capturada, y normalmente interpreta un papel, aunque sea el de sí mismo. Sin embargo, en *Jugando al truquemé* sorprende la enorme facilidad con la que las personas entrevistadas pasan por alto el condicionamiento de la grabación, la olvidan para entrar de lleno en un diálogo, en un ejercicio de comunicación que los conduce poco a poco a vivencias de su propio pasado que en ocasiones, ellos mismos, creían haber olvidado. Es en esos lugares donde se origina lo emocionante, al recordar una imagen, un hecho, una canción, una persona.

Ante la cámara se abre la brecha del género. Había en ellas una especie de angustia, de dolor, del recuerdo de tantos lutos soportados. Sus historias mezclaban momentos amargos con escenas felices. Los bombardeos, la muerte, el abandono, la soledad, terminaban en el recuerdo de un baile al ritmo de jota y pasodoble, en la sonrisa pícaro de quien rememora al primer chico que la sacó a bailar.

Quizá ellos se centraban en haber sido testigos y protagonistas de un momento histórico de enorme repercusión. A veces parecía como si pensarán que la vida diaria no era lo suficientemente interesante, como si no mereciera la pena narrarla después de tanto tiempo.

Aquí, las mujeres están lejos de la imagen de la miliciana aguerrida fotografiada por Gerda Taro. De hecho, la mayoría de las mujeres en la España de la guerra, permanecieron totalmente ajenas al frente de batalla, situadas en la retaguardia del conflicto, dedicadas a cumplir con el papel de esposa y madre abnegada, por ser el único socialmente aceptable para ellas. Además, como señala Mary Nash, “...la Iglesia Católica, que era una institución social omnipresente y un destacado instrumento político, desempeñó también un papel decisivo en el mantenimiento del *status quo* y de una postura conservadora con respecto a las mujeres.”¹

Para entender a las protagonistas del vídeo, es necesario tomar conciencia del enorme peso que el catolicismo ejercía sobre sus vidas privadas. La represión sexual, la obligación de ceñirse al rol de “ángel del hogar”, o la condena a la que estaban sometidas aquellas que decidían desafiar a su entorno exponiendo sus ideas políticas, entrando a formar parte de organizaciones o partidos, o incluso tomando las armas para ir al frente. Porque en la España de los años treinta, también hubo mujeres que vieron en la causa Republicana la esperanza de una vida mejor. Y no hablo solo de heroínas como la Pasionaria o Federica Montseny, por citar algunas, me refiero a miles de mujeres anónimas que, en muchos aspectos, lograron romper con unos condicionamientos profundamente arraigados en la mentalidad colectiva. Muchas de ellas engrosarían años después las interminables listas de prisioneras en cárceles tan famosas como la prisión de Las Ventas en Madrid.

¹ Nash, Mary: *Rojas: las mujeres republicanas en la Guerra Civil*, Santillana, Madrid, 1999, pp. 35-36.

Aquí, en Euskadi, no hubo frente. Como el resto del noroeste peninsular, fue pronto zona nacional, Álava desde el inicio de la contienda. Hay un testimonio que se repite en muchas de las personas entrevistadas, una imagen que les impactó. Se trata de aquellas mujeres a las que falangistas y requetés rapaban el pelo al cero y les suministraban aceite de ricino, para luego pasearlas por las calles de pueblos y ciudades, en un dantesco desfile en el que recibían insultos y humillaciones por parte de la concurrencia. ¿Qué horrible crimen habían cometido aquellas mujeres para ser vejadas de aquel modo? En la mayor parte de los casos, manifestar su ideología de izquierdas o nacionalista, en otros, solamente pertenecer a familias que lo eran.² Sería tema de otro estudio, analizar la utilización de la imagen y el cuerpo de las mujeres como arma de guerra.

La guerra, la Guerra Civil española, que inevitablemente surge en todos y cada uno de los testimonios recogidos. El 18 de Julio de 1936 algunos de ellos eran niños, otras eran jóvenes, pero aquel día, los cursos de sus vidas se vieron irremediamente alterados. Hubo quienes terminaron en el exilio, huyendo de sus casas en un viaje que, debido a la derrota se alargaría más de lo previsto. Otros se quedaron, siendo testigos de una dictadura que duraría casi cuarenta años.

Aún así en este recorrido no todo ha sido fácil, y en ocasiones hemos descubierto, con sorpresa, viejas heridas abiertas. También, aunque parezca increíble, miedo. Miedo a hablar, miedo a opinar, miedo al qué dirán. Reminiscencias, supongo, de la represión franquista, el recuerdo, seguramente, de aquel padre fusilado en el mes de julio, de aquel hermano encarcelado durante años en condiciones inhumanas, de aquella prima que con el pelo rapado parecía un monstruo. Temor, tal vez, *a que aquella parte de la familia, los que pertenecieron al bando de los vencedores, se enfade al escuchar mi historia, o piense que sigo siendo roja, ahora que hace tiempo que decidimos olvidar viejos rencores y volver a estar unidos. Mejor callar.*³

Setenta años después, supura la herida de la Guerra Civil española. Sobre todo en el mundo rural, donde los que un día delataron a su vecino siguen viviendo en la puerta de al lado.

Nos hablan del cura del pueblo, de las sesiones interminables en el confesionario. Cuentan qué comían, cómo eran las cartillas de racionamiento. Recuerdan aquellos juegos infantiles, las tabas, el diábolito y el truquemé. Vuelven al baile del sábado por la noche, a los boleros de Agustín de Lara, a la zarzuela de "La del manojito de rosas", y a aquella canción del marinero que vino en un barco de rumbo ignorado, *¿cuál era el título?*

Y así, sin apenas darse cuenta, van hilando la gruesa madeja de la historia, como las Moiras hilan el destino de todos los seres humanos. De una historia que es la suya, pero también la nuestra. Porque como dice Vicente: -Yo soy un superviviente.

Daniela, Antonio, Basilio, Carmen, Vicente, Mercedes, María, Teresa, Consuelo, Victoria, Filomena, Blanca. Gracias por compartir vuestra historia.

² Para ampliar información sobre los cortes de pelo a mujeres ver: *Navarra 1936: De la esperanza al terror*, Ed. Altafaylla, última edición 2008 y Joly, Maud, *El corte de pelo a las mujeres republicanas en España. El acontecimiento y su proceso de memorización*, Arxiu Històric de CCOO de Catalunya.

³ Testimonio de una persona que, finalmente, se negó a participar.